

**XVI Concurso Literario Julio Cortázar.**

**Comisión de Cultura CTPCBA**

## **Foto en el muelle**

**Laura Datrebil**

La condición era ir a mediados de diciembre. Porque en temporada alta, se alquilaba. Era un departamento pequeño, sexto piso, palier gris sin atenuantes. Tres ambientes calzados en cuarenta metros cuadrados con férrea voluntad por un arquitecto ahorrativo.

«¿Y yo, dónde se supone que voy a dormir?» pregunta Ricardo desde su metro ochenta precoz y desde la sospecha de haber perdido una prerrogativa que considera que le viene dada.

Las tres hacemos un recuento rápido de camas con la mirada. Matrimonial con acolchado tipo Palette color ocre en un dormitorio, cuchetas diminutas en el otro. Debajo de las camas cucheta, un colchón. Más bien corto.

«Te vas a tener que arreglar en el pasillo» le dice mamá, bajando la voz hasta que el hilo débil termina encajando con exactitud en su sensación de culpa.

«El colchón es muy corto. No entro» insiste él. Y esta vez su estatura deja de ser alarde, para convertirse en problema. Finalmente, se aviene.

El viaje fue largo, apuramos unos alfajores en el ómnibus antes de bajar y ya cae la noche, que nos distribuye, queda y presente, en los espacios disponibles: mamá en la matrimonial que, incluso pequeña, la excede; yo, en la cucheta de arriba; Graciela, en la cucheta de abajo. Ricardo, en el pasillo, con sus enormes pies sobresaliendo del colchón modesto. Yo dejo colgar la mano y Graciela me la toma. Pasamos así un rato, como solemos hacer también en la ciudad, y nos sostenemos la una a la otra en el ambiente desconocido y silencioso.

El viaje a la costa lo organizó él, Karl. Mamá le reclamaba que hacía años que no íbamos de vacaciones. Entonces, apeló a su único amigo, Lolo, el de la campera de cuero negro que

aparecía en casa, misterioso, muy de tarde en tarde. Que tenía ese departamento de verano. Y allí fuimos. Él, el hacedor, se arrepintió a último momento y alegando enfermedad, o necesidad de calma, o sin dar mayores explicaciones, se quedó en casa. Quizá viniera la segunda semana, dijo.

Pero mandó a la abuela, a su madre, al hotel de enfrente, el *Grand Rex*, entre cuyo nombre de prestigio galo y su presencia de mole tosca de ventanas uniformes con persianas chuecas había una distancia semejante a la que se extiende entre la urbe y la ciudad costera.

La abuela, necesitada de compañía y no exenta de misericordia, decidió que nos iba a invitar a almorzar todos los días. El postre venía presentado en un carrito de vidrio que daba saltos, empujado sobre las baldosas, al descuido, por un mozo indiferente. Y mientras temblaban los flanes, mi abuela los devoraba con la vista. La perdían la crema, el color de la tarta de frambuesa, descartaba la ensalada de frutas por vulgar.

A las doce, volvíamos apurados de la playa, que era una franja de arena oscura, sucia, de escasas dimensiones como el departamento de verano, casi un embuste o una coreografía, un espacio cuya arena ni las escolleras habían logrado retener. Nos dábamos una rápida ducha obligatoria para sacarnos de encima todo cuanto crujiese en los pliegues de la piel y, en días de viento, también entre los dientes, y enfilábamos para el *Grand Rex* los cuatro. La abuela tenía su brazo ya delgado apoyado en la mesa sobre la que también reclinaba un cuerpo que no había abdicado a la gordura y miraba, impávida, el gran reloj pulsera que había sido del abuelo. Automático, el reloj. Automático, el gesto de regaño de la abuela. Llegábamos tarde.

Mamá nos miraba uno a uno, como queriendo significar que éramos muchos y que el aseo había insumido un largo tiempo, y bajaba la vista. Como la abuela no iba a la playa, quería saber todo.

☒ ¿Había olas hoy? ¿Va mucha gente? ¿Es amplia la carpa?

Por supuesto, no teníamos carpa y las dos reposeras que habíamos encontrado en el departamento tenían los caños oxidados y hacía falta una buena dosis de coraje para desplegarlas en la playa con un dejo de naturalidad y evadiendo las miradas socarronas de los

demás turistas. Establecimos un régimen de turnos más bien complejo y con reglas muy variables. Por ejemplo, un día, al que primero le tocaba reposera, se bañaba último, lo que iba en desmedro del agua caliente. Pero la fiscalización fallaba y nos peleábamos con ganas. Sobre todo, con Ricardo, que decía llevar la estadística, aunque siempre terminaba aprovechándose de Graciela y de mí, que tratábamos de hacer causa común, pero sucumbíamos a su matemática inexorable de hermano mayor. Por lo que muchas veces nos tocaba toallón en la arena y ducha apenas tibia.

¿Pasa el barquillero? ¿Le compraron?

Yo no entendía por qué no iba ella y miraba con sus propios ojos, por qué no satisfacía tanta ansia inquisidora por sí misma. Pero no. Prefería quedarse y trocar el almuerzo al que nos invitaba por la información que debíamos proporcionarle.

¿Van a volver a ir la tarde? ¿insistía la abuela. ¿Gaviotas hay?

Cuando habíamos terminado de raspar el dulce de leche del fondo de nuestro bol de postre, cuando mamá dejaba por fin el pocillo de café en su plato, suspirábamos en silencio y nos despedíamos de la abuela. Antes de salir, atravesábamos el vestíbulo con sus sillones apoltronados, su mesa ratona generosa y su televisor, que recién se encendería, blanco y negro, a las veinte horas.

También en el departamento había uno, pequeño, colgado del techo. Su ubicación nos daba la ventaja de que Graciela, mamá y yo podíamos ver sentadas a la mesa del living, mientras Ricardo no necesitaba levantarse del colchón, sino que le bastaba correrlo un poco para poder mirar de reojo la pantalla.

En la ciudad no teníamos televisor, así que despertaba nuestra curiosidad al mismo ritmo que la decepcionaba. Porque la antena solo nos dejaba captar el noticiero de las siete, en que había comunicados, noticias vagas de tiroteos lejanos, una blanquinegra franja indescifrable e inquietante; y un día, se murió Carlitos Chaplin. Pasaron la noticia junto con los versos de Baldomero Fernández Moreno, los de la rosa mustia, el jilguero muerto en jaula hermosa y la galera de Chaplin abandonada en la nieve; nos conmovimos. Los Tres Chiflados solo estaban al

mediodía, casi se diría que nos traicionaban, porque ese era nuestro horario de almuerzo con la abuela.

De vez en cuando, mamá iba a la cabina telefónica y, cuando volvía, nos decía:

☞Parece que viene el domingo.☞O sino☞.Quizá llega el martes.

Otra vez parecía que no vendría, porque habían recrudecido sus anginas.

Yo me acordaba de nuestro combinado *Winco* en el living de casa, del vinilo con la canción del lobo: *¿Lobo estás? No, me estoy poniendo la camisa. ¿Lobo estás?*, insistían los chicos. *No, me estoy poniendolos pantalones*. La voz del lobo era ominosa, profunda, pausada. Y cuando, por fin, porque el suspenso era peor que su llegada, terminaba gritando *Aquí estoy*, no era tanto el miedo al lobo, que en acabadas cuentas solo estaba en la canción, sino el grito de los niños grabado en el disco, lo que amplificaba nuestra sensación en las entrañas. A veces, en la ciudad, Graciela y yo escuchábamos el disco juntas, una y otra vez. Y cuando el lobo decía *Aquí estoy*, salíamos corriendo.

El día que llegó Karl, finalmente y sin aviso previo, estábamos durmiendo todavía porque habíamos paseado por la calle céntrica hasta tarde la noche anterior.

☞¿Así se recibe al padre después de tanto tiempo? –atronó su voz.

Graciela y yo saltamos de la cama, nos lavamos la cara, nos miramos con esas ganas de huir que nos eran familiares, pero con la certeza pétrea de que no había escapatoria y fuimos, obedientes, al encuentro inevitable.

☞¿Qué hay de desayuno? –le preguntó a mamá, que trataba de recomponerse, mientras hacía, tensa, unas tostadas.

☞Otra vez, quemadas. Y, ¿cómo se te ocurre ponerles manteca? La manteca es pura grasa. La grasa me hace mal. ¿Querés que me enferme de nuevo yo?

El armisticio se había acabado. Ahora éramos todos culpables otra vez, aunque no supiéramos de qué. Y, además, debíamos estar agradecidos – muy agradecidos, nos explicó – porque Lolo nos había prestado el departamento especialmente.

“¿Vamos a ir a la playa, mamá? –preguntó Graciela. El día está tan lindo. Además, así papá descansa.

Mamá estaba paralizada, masticando la tostada que él había rechazado, haciéndole un té que resultó demasiado tibio, arreglando el dormitorio, estirando el acolchado como si nunca más fuera a quedar como debía.

“Vayan a la playa” dijo él. A mí, la arena me hace mal. Muy mal” agregó. Pero vayan.

Aliviados, tomamos las dos reposeras, a las que habíamos incorporado hacía unos días una sombrilla un tanto desvencijada pero que aún cumplía con sus fines y no había resignado sus colores fuertes, sumamos los toallones, el bronceador, y salimos. Nunca, como ese día, se respiraba tanto aire afuera.

Para el almuerzo con la abuela nos cambiaron a una mesa más grande. Él miraba la comida con desconfianza, la abuela le hacía comentarios por lo bajo en alemán. *Stell dich nicht blöd an* – No te hagas el tonto, le decía. No quería que la hiciera quedar mal. A fin de cuentas, había hecho buenos tratos con los mozos para recibir porciones grandes y ese hijo tan difícil no le iba a arruinar los pequeños placeres que le quedaban en la vida.

A diferencia de otras veces, después de dormir sus largas siestas, Karl se despertaba con inusitadas ansias de actividad. Una tarde, nos llevó a alquilar bicicletas. Mamá se quedó, pretextando un dolor de cabeza.

La bicicletería quedaba cerca, en la avenida; las bicis eran muchas y parecían enredarse unas con otras en un concierto de manubrios y pedales. A Graciela le dieron una con rueditas. Ninguno de los tres se había subido jamás a una bicicleta. Allá en la ciudad teníamos el triciclo que se guardaba arriba del armario y con el que nos turnábamos en la cuadra hasta que nos fue quedando chico. A mí me eligieron una celeste y, casi por instinto, me cercioré de llegar al piso con los pies. A Ricardo, le dieron una para adultos y de inmediato se sintió admitido de nuevo en el olimpo.

Graciela andaba por la vereda de la cuadra de la bicicletería. El viento le corría un poco la vincha blanca sobre la frente alta y estaba entusiasmada. A Ricardo y a mí, él nos daba órdenes

y explicaciones y casi parecía rústicamente emocionado. Hasta que, de pronto, se me acercó por la espalda, tomó por detrás el asiento de mi bicicleta, lo sostuvo y corrió dos pasos impulsándome con fuerza. Salí andando, sorprendida. Ricardo probó varias veces y también anduvo. Así que los dos grandes dábamos la vuelta manzana, un poco inseguros todavía, mientras Graciela iba y venía por la cuadra. Fue una buena tarde. Sin frío, sin viento, sin contratiempos.

Cuando volvíamos, casi contentos, él se detuvo en seco, me clavó de pronto la mirada de sus ojos helados color agua y me dijo:

«Si te preguntan, no le decís a nadie que fue tu papá el que te enseñó a andar en bicicleta.

Lo decía arrastrando las erres, porque así hablaba él. Era su pequeña marca de inmigrante.

«Sí, papá» le contesté, sin saber quién podría preguntarme ni por qué podría ser importante retener esa respuesta.

Otra tarde, mamá quiso que compráramos una cámara. Eran unas Kodak macizas y sencillas, que tenían el flash en cubos giratorios de un solo uso. Pidió ver muchas y se quedó con el modelo más barato. Ricardo no veía la hora de sacar fotos. Muchas fotos.

«Llevemos un rollo de doce», dijo mamá.

«Mejor de treinta y seis» subió la apuesta Ricardo. Y mañana la llevo a la playa.

«Me parece que la arena le va a rayar el lente» objetó mamá.

Siguieron el debate hasta llegar al departamento, pero Ricardo no iba a cejar en su intención.

A la noche la estudió y, para la mañana siguiente, cuando partimos a la playa, a las reposeras, los toallones, las sombrillas, se le sumó la adquisición flamante. Ese día hicimos una caminata hasta el muelle, que estaría a unas quince cuadras. Cuando llegamos, Ricardo le sacó una foto a ese medio puente de tablones podridos al que en el balneario aún llamaban muelle.

«¿No nos sacás una a nosotras?» preguntó Graciela.

Ricardo prefería tomar fotos de piedras, de calles, de adoquines. No le gustaban las fotos de personas. Pero tampoco nos podía decir que no, sobre todo, porque mamá parecía de pronto tan feliz y, casi por instinto, había empezado a arreglarse el pelo con la mano y a acomodarse

el bretel izquierdo de la malla verde. Posamos las tres, Graciela de un lado y yo del otro de mamá, Graciela con su vincha y su bikini a lunares rojos y azules, yo también en bikini de tiro alto, roja y un poco desteñida, una prenda que me venía acompañando hacía bastante con su aro dorado en el centro de un corpiño que me seguía quedando irremediablemente flojo. Mamá nos abrazó a las dos; yo entrecerré los ojos para saborear el hecho fugaz de tenerla así de cerca y Ricardo apuró algo así como *digan whisky* que no recuerdo bien y apretó el obturador.

Manejaba la cámara con soltura y esa mañana debe haber sacado unas veinte fotos.

A la tarde, Karl se mostró molesto, impaciente.

«Me vine hasta acá ¿le decía a mamá». Les organicé las vacaciones. ¿Qué más quieren? «creí escuchar tras la puerta del dormitorio, que había cerrado de un portazo.

Se iba en reproches y mamá no emitía sonido. Nosotros reteníamos el aliento. Teníamos grabado a fuego que cualquier ruido fuera de lugar podría atizar aún más su furia. Cuando salieron del cuarto, él parecía casi risueño, socarrón. Mamá tenía una expresión inescrutable, desvalida.

«Crucen a lo de la abuela. Y miran un rato de tele en el hall de entrada ¿nos ordena Karl».

Nosotros vamos a ir a andar en bicicleta.

Mamá no dice nada. Nos mira, indefensa. La quiero abrazar, pero mis manos son como dos péndulos inertes. Le sonrío. Graciela le hace un gesto de saludo tierno con la mano. Ricardo está resolviendo crucigramas. Se van.

No logramos decidirnos a cumplir la orden de salir, de cruzar la calle hacia el hotel. Al fin, preferimos desobedecer y nos quedamos. Ricardo sigue absorto.

«¿Saben qué es un aprisco circuido con un vallado? La segunda letra es una “e” ¿nos espeta después de un rato.

No sabemos.

«Un redil» replica triunfante». Era la única que me faltaba.

Al rato, sentimos la llave en la puerta, que gira con violencia.

“Guarden todo”nos dice Karl, el rostro desencajado”. Vengan acá, a la mesa.

“¿Y mamá?”pregunta Graciela.

Karl la abofetea por respuesta. Creo ver arena bajo sus uñas, en general prolijas. Creo ver un arañazo en su muñeca. Saca del bolsillo de su pantalón arrugado tres pasajes verdes marcados para las seis, los acomoda sobre la mesa y nos explica que saldremos de la terminal, que hay que preguntar en ventanilla 8 por la plataforma de partida.

“La terminal es cerca, nos explica. Pueden ir a pie.

Al lado de los pasajes, pone las llaves del departamento y un papelito con una dirección.

“En cuanto lleguen a la ciudad, se las devuelven acá a Lolo; que sea antes del 31”nos dice”. Y le agradecen.

Con Graciela, nos abrazamos y lloramos. Ella me pregunta al oído, insistente y murmurando, si volverá mamá. Veo la escasa estatura de sus siete años, su vincha blanca, sus ojos tan ingenuos, y el nudo en la garganta no me deja responder. A Ricardo lo abandonan los colores de la cara. Karl nos mira como si ya no estuviéramos allí, toma otro llavero, de madera y con el monograma y las iniciales del Grand Rex, y parte.

Camino a la terminal pasamos los tres a retirar las fotos de las vacaciones. Salimos de la casa de revelado y comenzamos a romperlas una a una. Sembramos la avenida de una larga estela de jirones de papel con olas, con adoquines, con frondas de árboles, una larga estela de jirones de nosotros mismos. Entonces encuentro la foto de mamá con nosotras en el muelle. Antes de deslizar el cuadrado de papel en mi bolsillo, trato de pensar que quizá todo sea un error, una foto equivocada, un mal sueño. Trato de pensar que sí, que ella va a volver.

Y que algún día podré contar que fue mi papá quien me enseñó a andar en bicicleta.

Laura Datrebil